

J. M. Corredor

Paul Valéry y el error europeo (1)

«¿Llegará a ser Europa lo que es en realidad: es decir, un cabo del continente asiático?

¿O bien continuará siendo Europa lo que parece ser, es decir: la parte creadora del universo terrestre, la perla de la esfera, el cerebro de un gran cuerpo?».—P. V.



A prisa y el dinamismo desorbitado constituyen uno de los peligros de la vida moderna. Los acontecimientos se suceden con una rapidez tal, que el solo hecho de entreverlos, de seguirlos nominalmente, acapara ya las reservas disponibles de atención. El análisis profundo y sereno va quedando como un recuerdo del pasado, inaprovechable en medio de la agitación de un presente turbulento. A la gravedad creciente de las nuevas situaciones corresponde una mengua general de meditación, de interés especulativo. No hay tiempo, ni ganas, ni ambiente propicio. Lo que sucede, lo que «pasa», cada día, casi cada día, es tan considerable y tan impresionante en sus apariencias exteriores, que el tratar de profundizar en ello, de conocer el *cómo* y el *porqué*, va convirtiéndose para muchos en una aspiración entre utópica y ridícula.

(1) Este artículo ha sido escrito especialmente para la revista «Atenea»

Solamente quedan algunos aislados que resisten a la tónica general y que no se contentan con las cuatro frivolidades a la moda, como explicación suficiente de los grandes problemas que inevitablemente se nos plantean, y más en un período de ruptura violenta y de cataclismos cósmicos. Es verdad que entre estos aislados acostumbran encontrarse los mejores espíritus de una época; aquellos que más tarde, desvanecidas las ilusiones estúpidas y pueriles, son denominados «clarividentes», «proféticos». Su influencia, pero, incluso en el occidente europeo y en tierras americanas, nos parece que desgraciadamente cada día será más reducida, más limitada.

Entre los grandes aislados de una generación nacida en plena euforia del progreso, y que después se vió forzada a chocar con una trágica realidad, Paul Valéry ocupa un lugar preeminente. «Poeta de la inteligencia», sí, pero al mismo tiempo observador lúcido y sagaz de *lo que realmente sucedía* en su tiempo, y que ponía de manifiesto, a la atención meticulosa, los errores pasados, y las transformaciones y descensos ya inevitables.

La misma muerte de Valéry, ocurrida no hace mucho tiempo, si bien no ha pasado desapercibida, se ha resentido—incluso en la misma Francia—de esa prisa frenética que cada día más nos rodea y nos asfixia. La muerte de un gran escritor acostumbra ofrecer una ocasión favorable para hacer un balance de su obra, de su influencia, para precisar su perfil verdadero. Y ahora quizás ha sido, es un poco difícil, un poco doloroso, enfrentarse a las ideas del creador de M. Teste. El primitivismo biológico que reivindicaba el totalitarismo germánico ha sido vencido, afortunadamente, en los campos de batalla; sin embargo, la atmósfera general está muy cargada (1) de primitivismo fácil, de ilusiones inútiles, de palabras faltadas de significación precisa, para que la obra y la muerte de un apologista del espí-

(1) No se olvide que estas líneas han sido escritas en Europa.

ritu crítico puedan atraer demasiadas inquietudes, despertar una curiosidad inteligente y desinteresada.

Paul Valéry, en su artículo necrológico sobre Marcel Proust, publicado en la «Nouvelle Revue Française», hablaba de ciertos escritores «que razonan, que profundizan, que dibujan con una sola frase el cuerpo de un pensamiento acabado. No temen al lector, ni buscan su rápida reacción. Que transcurra aún un poco más de tiempo, y nosotros ya no los comprenderemos».

* * *

«Europa será castigada por su política: se verá privada de vinos y de cerveza y de licores. Y de otras cosas...» (escrito en 1831).

«Europa aspira visiblemente a ser gobernada por una comisión americana. Toda su política se dirige hacia ello» (escrito en 1931).

«Europa se había distinguido netamente de las demás partes del mundo. No por su política, sino a pesar de esta política y más bien contra ella. Europa había desarrollado al extremo la libertad de su espíritu, combinado su pasión de comprender a su voluntad de rigor, inventando una curiosidad precisa y activa, creado, por la busca obstinada de resultados *que se pudieran comparar exactamente y añadir los unos a los otros*—éste era el punto esencial y la gran innovación—un capital de leyes y de procedimientos muy poderosos. Su política no obstante, permaneció extática, y no utilizó de las riquezas y de los recursos singulares de los cuales acabo de hablar, sino lo que convenía para fortificar esta política primitiva y darle armas más terribles y más bárbaras.

Apareció, por lo tanto, un contraste, una diferencia, una discordancia impresionante entre el estado del mismo espíritu según que se dedicara a su trabajo desinteresado, a su profundidad sabiamente explorada, y su estado cuando se aplicaba a

los intereses políticos. Parecía reservar a esta política sus producciones más descuidadas, más despreciables y más viles: instintos, ídolos, recuerdos, lamentaciones, codicias, sonidos desprovistos de significación y significaciones vertiginosas... Todo aquello que la ciencia y las artes no querían, y que incluso ya no podían sufrir». («Regards sur le Monde actuel»).

El tema europeo, y más especialmente la caída europea, han retenido con frecuencia la atención del gran poeta. En las líneas anteriores hemos reproducido algunos textos significativos. En esta hora crítica y confusa para la vieja Europa, es interesante recordar las predicciones de uno de sus hijos ilustres, recientemente fallecido.

«Las cosas del mundo no me interesan si no es en relación al intelecto»; había dicho Valéry más de una vez. Intelecto al cual no ofrecía un culto místico, sino que conocía y denunciaba las debilidades y las limitaciones de nuestra facultad racional. «Bacon diría que este intelecto es un ídolo. Consiento en ello, pero yo no he encontrado ninguno mejor».

Ante los fenómenos históricos como ante el milagro de la creación estética, el autor de «Charmes» se interesaba por encima de todo a querer descifrar el *cómo*; a la asimilación, lo más exacta posible, de la estructura interior del fenómeno o del poema; al acto de conciencia, individual e insobornable, que permite a veces conocer, en otras solamente vislumbrar, la verdad a menudo recóndita.

Sus reflexiones sobre el tema europeo las encontramos en «La Crise de l'Esprit» (1919), incluido más tarde en «Variété I», junto con fragmentos de una conferencia pronunciada en la Universidad de Zurich en 1922, conferencia en la cual algunos pasajes contenidos en el primer opúsculo están tratados con mayor amplitud. También, y de una manera más precisa, las reflexiones sobre Europa se encuentran en «Regards sur le Monde actuel», (1931), libro que en ediciones posteriores contiene nuevos ensayos relacionados con el tema inicial.

* * *

Las consideraciones de Valéry sobre el tema europeo son lúcidas, aunque dolorosas. Un dejo amargo se descubre detrás de las palabras que se obstinan, implacables, en querer aclarar y dilucidar. Hay en ellas la tristeza contenida del hombre que en el transcurso de su vida ha visto cómo muchas ilusiones se evaporaban, y cómo los mismos cimientos de una civilización se resquebrajaban y vacilaban. «Nous autres, civilisations, nous savons maintenant que nous sommes mortelles».

Lo que más ha impresionado al poeta es la antinomia secular entre las grandes creaciones del espíritu europeo, y la incapacidad de los continentales para organizar su vida colectiva, de acuerdo con las exigencias que fatalmente se derivaban de sus mismas creaciones. La ciencia y la técnica, elaboradas lentamente, difícilmente, han sido difundidas a pueblos que disponen de una mayor superficie geográfica, y que no se encuentran encadenados por la rémora de pasiones hoy día estériles. Naturalmente, la caída europea ha sido inevitable. «No habrá habido nada más estúpido en toda la Historia que la competencia europea en materia política y económica, comparada, combinada y confrontada con la unidad y la alianza europea en materia científica. Mientras los esfuerzos de las mejores cabezas de Europa constituían un capital inmenso de saber utilizable, la tradición pueril de la política histórica de codicia y de recelo iba prosiguiendo, y este espíritu de *Petits-Européens* entregada, por una especie de traición, a aquellos mismos que se quería dominar, los métodos y los instrumentos de poder. La lucha para concesiones o para empréstitos, para introducir máquinas o prácticos, para crear escuelas o arsenales—lucha que no es otra cosa sino la transferencia larga a distancia de las disensiones occidentales—ocasiona fatalmente el retorno de Europa al rango secundario que le asignan sus dimensiones, y del cual los tra-

bajos y los cambios internos de su espíritu le habían sacado. Europa no habrá tenido la política de su pensamiento».

¿Qué ha sido?, ¿qué es Europa?

No desde el punto de vista geográfico—«un cabo del inmenso continente asiático»—, sino como magnífica realidad que había superado su insignificancia geográfica para convertirse en centro y cerebro del universo. ¿Cuáles han sido sus notas características y definidoras? Valéry presenta esquemáticamente una antropología, una descripción del hombre, de sus esperanzas y de sus realizaciones, para demostrar más adelante como Europa había alcanzado una primacía mundial indiscutible. «El hombre es este animal separado, este extraño ser viviente que se ha opuesto a todos los otros, que se levanta encima de todos los otros, por... sus sueños— ¡por la intensidad, la ilación, por la diversidad de sus sueños! Por sus efectos extraordinarios y que van hasta modificar su naturaleza, y no solamente su naturaleza, sino incluso la naturaleza misma que le rodea, y que él prueba infatigablemente de someter a sus sueños». «El hombre desvía la satisfacción hacia yo no sé que exceso de poder, destructor de la misma satisfacción. Apenas su cuerpo y su apetito están saciados, que en lo más profundo de su ser algo se remueve, le atormenta, le ilumina, le agujonea, le manda secretamente. Y es el Espíritu, el Espíritu armado de sus interrogaciones inagotables...

El pide eternamente en nosotros: ¿quién? ¿qué? ¿en qué tiempo? ¿por qué? ¿cómo? ¿por qué medios? El opone el pasado al presente, el futuro al pasado, la imagen al hecho, lo posible a lo real. El es a la vez lo que avanza y lo que retrasa; lo que construye y lo que destruye: lo que es azar y lo que es cálculo. El es en fin, y sobre todo, el autor misterioso de estos sueños de los cuales os hablaba...».

Entre los sueños engendrados por los humanos, unos han conseguido entrar en la realidad, otros han fracasado, otros si-

guen inquietándonos. Y en «la tabla de realizaciones», lista muy honorable, podemos hacer esta observación.:

De todas estas realizaciones, las más numerosas, las más sorprendentes, las más fecundas han sido llevadas a cabo por una parte bastante reducida de la humanidad, y sobre un territorio muy pequeño en relación al conjunto de tierras habitables. Europa ha sido ese lugar privilegiado: el europeo (2), el espíritu europeo el autor de estos prodigios».

«Esta Europa triunfante que ha nacido del intercambio de todas las cosas materiales y espirituales, de la cooperación voluntaria e involuntaria de razas, de la competencia de las religiones, de los sistemas, de los intereses sobre un territorio muy limitado, se me aparece tan animada como un mercado en donde todas las cosas buenas y preciosas fueran llevadas, comparadas, discutidas y cambiadas de manos. Es una Bolsa donde las doctrinas, las ideas, los descubrimientos, los dogmas más diversos son cotizados, son movilizados, suben, bajan, son objeto de las críticas más despiadas y de los elogios más abusivos».

El producto de esta coyuntura de circunstancias de un europeo». Una especie de monstruo. Tiene una memoria demasiado llena, demasiado cargada. Tiene ambiciones extravagantes, una avidez de saber y de riquezas ilimitadas. Como pertenece a un tiempo, a un continente que han visto tantas invenciones prodigiosas y tantos atrevimientos afortunados en todos los géneros, no hay conquista científica ni empresa difícil que no pueda soñar. Está preso entre recuerdos maravillosos y esperanzas desmesuradas, y si en algún momento cae en el pesimismo, piensa a pesar de todo que el pesimismo ha producido algunas obras de primer orden. En vez de hundirse en el nihilismo mental, entona un canto de su desesperación. De esa desesperación extrae algunas veces una voluntad dura y formidable, un motivo

(2) «Cuando yo hablo de Europa, me refiero más concretamente al Espíritu europeo del cual América es una magnífica creación».—P. V.

paradójico de acciones, fundado en el desprecio de los hombres y de la vida».

Al examinar los elementos constitutivos del espíritu europeo, es natural que Paul Valéry, devoto y servidor del intelecto, se entusiasme al hablar del origen y creación del método científico; del deseo, del intento y de la voluptuosidad de precisión triunfando en la actividad intelectual. Considerados «Roma y el Cristianismo» falta algo a nuestra figura; falta en ella esta maravillosa modificación a la cual debemos no el sentimiento del orden público y el culto de la «civitas» y de la justicia temporal; y no la profundidad de nuestras almas, la idealidad absoluta y el sentido de una eterna justicia; pero nos falta esta acción sutil y poderosa a la cual debemos lo mejor de nuestra inteligencia, la finura, la solidez de nuestro saber, como le debemos la nitidez, la pureza y la distinción de nuestras artes y de nuestra literatura: es de Grecia de donde nos vinieron estas «vertus».

Lo que nosotros debemos a Grecia es quizás lo que nos ha distinguido del resto de la humanidad. Le debemos la disciplina del Espíritu, el ejemplo extraordinario de la perfección en todos los órdenes. Le debemos un método de pensar que tiende a referir todas las cosas al hombre. El hombre se convierte a sí mismo en sistema de referencias, al cual todas las cosas deben poderse aplicar. «El debe desarrollar su cuerpo y su espíritu. Este espíritu debe protegerse de sus excesos, de sus alucinaciones, de su producción vaga y puramente imaginaria, por una crítica y un análisis minuciosos de sus juicios, por una división racional de sus funciones, por la regulación de sus formas.

La ciencia debía salir de esta disciplina. Nuestra ciencia, es decir, el producto más característico, la gloria más cierta y más personal de nuestro Espíritu. Europa es ante todo la creadora de la ciencia».

Para construirla era necesario que un modelo relativamente perfecto le fuera propuesto, que presentara todas las precisiones,

todas las garantías, todas las bellezas, y que definiera sin ninguna duda posible el concepto mismo de *ciencia*, como construcción pura y separada de cualquier otra preocupación que la del mismo edificio.

«La geometría griega ha sido ese modelo incorruptible, no solamente modelo propuesto a todo conocimiento que aspire a su estado perfecto, sino también modelo incomparable de las cualidades más típicas del intelecto europeo».

* * *

Y a pesar de todo... «Europa no habrá tenido la política de su pensamiento». Toda la inmensidad de fórmulas y de prácticas acumulada laboriosamente durante siglos y siglos, ha sido comunicada a pueblos y a continentes en otro tiempo estáticos, amorfos, pero que disponen numéricamente, en el simple cálculo que opera en la técnica, de una superioridad indiscutible. «Europa ha fundado la ciencia. La ciencia ha transformado la vida y multiplicado la potencia de los que la poseían. Pero por su naturaleza misma, la ciencia es esencialmente transmisible, se concreta necesariamente en medios y en recetas universales. Los medios que da a los unos, todos los demás pueden adquirirlos».

Y en el plan «político», de organización de la vida colectiva, los europeos han permanecido prisioneros del pasado, incapaces de adaptarse al «monde fini», conocido geográficamente y dominado técnicamente, que ellos mismos creaban, y que ellos mismos habrían podido orientar, a base de organizarse previamente, federativamente, en su minúsculo continente.

La política europea no podía ser la misma en el siglo XV que en el siglo XX: una nueva realidad mundial debía dirigirla y orientarla. Valéry insiste a menudo sobre los errores de óptica que engendra nuestra Historia, tal como es conocida, y sobre

todo, tal como es utilizada. Vemos frecuentemente en ella «la ausencia de fenómenos considerables que la lentitud de su producción hace imperceptibles». «La electricidad, en tiempo de Napoleón, tenía aproximadamente la importancia que se podía dar al cristianismo en tiempo de Tiberio. Poco a poco apareció evidente que esta inervación general del mundo está más llena de consecuencias, es más capaz de modificar la vida próxima que todos los acontecimientos políticos ocurridos desde Ampère hasta nuestros días».

A últimos del siglo pasado, «el tiempo del «monde fini» empieza. El censo general de recursos, la estadística de la mano de obra, el desarrollo de los órganos de relación aumenta. ¿Qué hay más importante que este inventario, esta distribución y este encadenamiento de las partes del globo? Sus efectos son ya inmensos. Una nueva solidaridad, excesiva e instantánea, entre las regiones y los acontecimientos, es la consecuencia ya muy sensible de este hecho. Los hábitos, las ambiciones, los afectos contraídos en el curso de la historia anterior no dejan de existir, pero insensiblemente transportados a un medio de estructura más complicada, pierden en él su sentido y se convierten en causas de esfuerzos infructuosos y de errores».

Los europeos y sobre todo la «política» europea, permanecieron atenazados al pretérito—incapaces de enfocar y de reaccionar ante «un presente que no se había nunca presentado», y del cual ellos mismos eran los promotores. Y ante la interdependencia mundial, sobrevenida como una realidad obligada», toda la habilidad de los grandes gobiernos del pasado se encuentra extenuada, convertida en impotente e incluso en inutilizable, por el engrandecimiento de conexiones en el campo de los fenómenos políticos».

En estas circunstancias, entre el dinamismo europeo que transfería a todos los continentes la ciencia y la técnica, y la política europea que continuaba extática, vinculada al pasado, el fracaso era forzoso. «Europa poseía medios invencibles y los

hombres que los habían creado. Muy por debajo de éstos se encontraban los que disponían de ella. Se habían nutrido de pasado: no han sabido hacer nada más que repetir el pasado. La ocasión también ha pasado».

* * *

«El resultado inmediato de la gran guerra fué el que debía ser: «no ha hecho más que acentuar y precipitar el movimiento de decadencia de Europa». El resultado de la segunda guerra mundial, superando el precedente como era lógico en destrucciones, ha colocado a la mayoría de naciones europeas en una situación desvalida y miserable.

La locura germánica ha complicado el cuadro ya sombrío en términos pavorosos. A las ruinas materiales se añaden los agravantes de la sobrepoblación y de la industrialización, que exige el intercambio favorable con el extranjero. «Exportar o morir». ¿Y cómo exportar, desde unas ruinas calcinadas, desde unos países empobrecidos?

* * *

«El juicio más pesimista sobre el hombre, y las cosas, y la vida y su valor, concuerda maravillosamente con la acción y con el optimismo que ésta exige. Esto es europeo».

Las consideraciones de Valéry, con todo y la severa condenación que contienen, ofrecen un margen de consuelo, por el espíritu valiente y penetrante que revelan: un espíritu siempre despierto, lúcido en las desgracias, dotado de una fina elasticidad, de una dura audacia, de un gusto del juego, y sobre todo de juego limpio. Esto ha sido europeo.

Comprender es la primera condición para orientarse. Esforzarse en querer comprender será cada día más un deber vital para los europeos: querer comprender, lo mismo en situaciones

favorables—labor muy fácil entonces—, como en aquéllas en que la comprensión se acompaña forzosamente de una reacción dolorosa. El griterío furioso y las promesas mesiánicas ya sólo pueden servir para preparar nuevas y más terribles catástrofes.

En la despedida a Paul Valéry, a su inteligencia intrépida y laboriosa, también podemos pronunciar, serenamente, sin acrobacias verbales, la palabra heroísmo. Reflejo de aquel heroísmo que Carlyle, exigente y difícil, otorgaba «a los que habían sido capaces de amar una realidad».

Montpellier, noviembre 1945.